

quicio de una pared que hacía de madriguera y les metía unas hojas del helecho que crecía en el muro. En su sueño, entre otros detalles, conoce el nombre latino del helecho—*asplenium ruta muraria*—levemente modificado en su ortografía, y al despertar comprueba con asombro—él que no conocía nombres latinos de plantas; que no recuerda que conociera ese nombre concretamente—que hay una variedad de helecho así llamada; diez y seis años después encuentra en la casa de un viejo amigo un herbario donde él incidentalmente había escrito de su puño y letra, tiempo atrás del sueño, nombres de plantas—entre ellas las del helecho—, dictados por un botánico amigo. *Freud* refiere también, por otra parte, los sueños experimentales de *Maury* en que el contenido venía determinado por excitaciones sensoriales—el ruido de unas tijeras contra unas tenazas de chimenea hace soñar tañidos de campanas, luego un toque a rebato, y por fin se encuentra mezclado en los días revolucionarios de junio de 1848, por ejemplo; o aquella otra vez que soñaba con la guillotina porque le había caído sobre el cuello una de las varillas de la cama—. Por lo demás, la gente dice que sueña cuando tiene el estómago sucio; los enfermos de pulmón y corazón sueñan a menudo ahogos y angustias, y es una experiencia corriente que nos soñemos maniatados cuando se nos eurreda el cuerpo entre las cubiertas de la cama. *Kraus* ha señalado que, en esos casos, la sensación anómala llega a la conciencia que la rechaza para dedicarse a representaciones concomitantes, que luego parecen sin causa ni sentido, por un proceso de «transubstanciación».

Pero lo que a nosotros nos interesa no es eso, o no es eso tanto como el que los sueños puedan tener

